

NUUEVA  
ATLÁNTIDA

---

FRANCIS  
BACON



PRÓLOGO | JOSÉ ANTONIO AGUILAR RIVERA  
EPÍLOGO | GONZALO LIZARDO  
IMÁGENES | MAURICIO GÓMEZ MORIN

# EPÍLOGO

## BENSALEM O EL MUSEO DE LOS TIEMPOS POSIBLES

Gonzalo Lizardo

A CUALQUIERA le pasa que se queda dormido en la cama mientras lee, pero muy pocos son los que sueñan con el libro que leían al dormirse. Debo suponer que eso me ocurrió con *Nueva Atlántida*, el relato utopista que Francis Bacon dejó inconcluso en 1626, cuando fue interrumpido por su muerte. Aunque yo quería repararlo para impartir mi clase al siguiente día, el cansancio me derrotó a la medianoche, poco después de anotar al margen del libro dos preguntas: "¿Fue casual que Francis Bacon muriera antes de concluir su utopía? ¿No sería más sensato suponer que lo asesinaron por concebirla: por sugerir que la ciencia, y no la religión, era el instrumento idóneo para controlar a la sociedad?"

Sobre estas dos premisas empezaba yo a tejer una trama policiaca con atmósfera isabelina cuando me distrajo, estridente, el timbre de un teléfono de disco que sonaba en mi buró. El evidente anacronismo de ese aparato me confirmó que ya estaba soñando, y más aún cuando levanté el auricular y me saludó una voz casi olvidada: la de Rubén *el Chino* Esparza, un amigo de secundaria que me llamaba para avisarme "con grande pesar" que Francis Bacon, "mi

profesor”, había muerto anoche, envenenado en su domicilio, y que lo estaban velando en mi facultad.

—Pero si el muerto eres tú, Chino —quise decirle, incapaz de olvidar su muerte, hace veinte años, cuando se ahogó explorando una caverna inundada..., pero mi amigo colgó el auricular antes de explicarme su broma siniestra.

Pensando en la muerte de mi amigo Rubén y en el presunto asesinato de “mi profesor” Francis Bacon, me vestí a toda prisa y bajé por las escaleras a la calle. Llegando a la facultad, descubrí que el anodino edificio donde yo daba clases había sido reemplazado por un palacio neobarroco de cantera rosa, con estípites semigeométricos, columnas neosalomónicas y un frontispicio cincelado con una leyenda en mármol:

MUSEO DE LOS TIEMPOS POSIBLES  
antes conocido como  
LA CASA DE SALOMÓN

“O sea que estoy en Bensalem, la isla utópica de Francis Bacon”, pensé, divertido por ese sueño que entrelazaba mis recuerdos personales con mis lecturas más recientes. Y lo comprobé cuando reconocí en el vestíbulo a Salvador Elizondo, el ilustre narrador, que hojeaba una revista literaria mientras bebía un whisky y fumaba un cigarro como si no hubiera fallecido en 2006. “Todos aquí están muertos”, concluí, asustado por la posibilidad de ser un cadáver: uno que murió leyendo *Nueva Atlántida* y que ahora soñaba el póstumo sueño que le reservaba la muerte.

—No saque conclusiones precipitadas, por favor —me aconsejó Elizondo tras una churrigueresca nube de humo—: no hace falta estar muerto para soñar un mundo muerto,

amigo. Pero mejor no me pregunte nada a mí: el profesor Francis Bacon lo aguarda a usted en el SALÓN DE LAS UTOPIAS POTENCIALES, al final del pasillo tres.

—Mucho se lo agradezco, maestro, hasta la vista —me despedí, muy reverente, decidido a seguir sus indicaciones. Así llegué hasta un portón que, entreabierto, me dejó entrar a una galería hexagonal con techo de bóveda. Desde los vitrales caía una polvorienta luz sobre los libros, los instrumentos musicales, los croquis anatómicos, los mapas que abarrotaban los muros. Sobre el estrado principal vi a un viejo de barba entrecana, vestido como personaje de Shakespeare, mientras escribía, tachaba y volvía a escribir sobre un maltrecho plano arquitectónico. Me encontraba —era obvio— frente al hijo de sir Nicholas y su esposa Lady Anne: nada menos que sir Francis Bacon, consejero de la reina Isabel y del rey Jacobo, que combatió tenazmente contra los teólogos jesuitas como paladín de la ciencia empírica y del materialismo. ¡Cuántas dudas se juntaron en mi lengua en ese momento, sin que me atreviera a balbucir una sola pregunta, paralizado por mi penosa dicción del inglés!

—No debéis preocuparos por el idioma, don Gonzalo —me consoló Sir Francis Bacon en perfecto castellano—; es propio del espíritu anglosajón, más que del ibérico, conocer la lengua del enemigo.

—Gracias por su comprensión —respondí, asustado al ver que todos en este sueño leían mis pensamientos—. Si me disculpa la curiosidad, vi que retocaba los planos de la Casa de Salomón, donde se reunían los sabios de su isla Bensalem. ¿Acaso sigue usted escribiendo *Nueva Atlántida*?

—Sí. Justamente eso hago. Hace cuatro siglos empecé este relato y no he podido acabarlo. Ahora lo sabéis: cuan-

do un autor, al morir, deja a medias una obra, dispone de toda la eternidad para concluir-la.

—¿Tanto le faltaba para terminar?

—Casi todo —suspiró—. Apenas había redactado cuarenta folios cuando me llegó la hora. Mi objetivo, como usted sabe, era concebir una sociedad ideal y describirla con todo detalle, desde sus poderes políticos, culturales y económicos, hasta sus raíces sociales y sus fuerzas de trabajo. No imagináis mi fastidio cuando la muerte, inoportuna, me prohibió concluir un proyecto tan apremiante y dilatado. Pero recuperé el entusiasmo después, cuando conocí a un escritor, ciego para más señas, que juraba estar feliz por haber muerto, pues así tendría el tiempo que necesitaba para reescribir *El Quijote* con paisajes gauchescos y claves cabalísticas. Supe entonces que la eternidad, por aburrida que parezca al principio, es perfecta para aquel que sabe invertirla en un proyecto infinito.

—Recordaré su consejo, doctor, cuando llegue el momento.

—No tendréis mejor opción, creedme —y se levantó para ofrecerme dos píldoras grises, que sabían a gloria y al instante borraban todo cansancio y toda hambre—. En lo personal, celebro estar muerto por varias razones. La primera, porque así he conocido a mis lectores póstumos; en concreto, aquellos que murieron, como vos, mientras leían una de mis obras. No han sido muchos, y seguro conocéis a algunos. Recuerdo en especial a un alemán barbudo, gruñón y con hemorroides, que me acusaba de ser un “capitalista utópico”, y que describió *Nueva Atlántida* como una “dictadura científica” que esclavizaba a los proletarios de Bensalem para enriquecer a una oligarquía de sabios excéntricos.

—Gravísimas objeciones, según algunos.

—Ante esas críticas, reaccioné yo como el científico empirista que soy, y discutí con ese hombre, terco pero sutil, durante meses y años —sonrió, melancólico, mientras me ofrecía una copa de sidra que, espirituosa, eliminó toda mi sed y todo mi malestar físico—. Al final, llegamos a un acuerdo: él aceptó que un sistema *ideal* no tiene por qué ser *justo*, y yo reconocí que era imposible imaginar una sociedad que fuera ideal e inmutable al mismo tiempo. Si la esperanza perpetua, incitada por una perpetua insatisfacción, era el motor de la historia, entonces imaginé a Bensalem como una isla histórica: como una nación regida por un sistema *idealmente* imperfecto, para que sus habitantes, viéndolo perfectible, cada día trabajasen para perfeccionarlo *realmente*.

—Sensata idea, reconocer que toda institución es fallible y que tiene, por tanto, fecha de caducidad. Incluyendo la Casa de Salomón...

—En efecto. A partir de entonces decidí que la Casa de Salomón debía revisar sus leyes con cada nuevo descubrimiento científico de relevancia, para saber si adecuaba o no sus normas a ese nuevo estado del saber. Por desgracia, cada reforma, por minúscula que fuera, generaba transformaciones muy arduas y dolorosas, tanto para la Casa de Salomón como para la sociedad de Bensalem. Eso ocurrió, por ejemplo, cuando se comprobó que el celibato forzoso de sus sabios entorpecía su agilidad mental. Para remediarlo, se decidió que todos los miembros de la Casa contrajesen matrimonio y por tal efecto se reformaron las leyes conyugales, sin prever los severos daños que ocasionarían estas medidas en la vida cotidiana de la isla. Irónicamente, la historia se encargó de mostrar que el matrimonio, por

obligado, entorpecía la mente en similar medida que el celibato. Entonces se implementaron, sucesivamente, la unión libre, el matrimonio abierto y el pagano libertinaje, siempre con los mismos, fatales resultados.

—¿O sea que la sociedad, además de imperfecta, es imperfectible?

—Quizá. Pero sin la posibilidad de un futuro, por negro que sea, incluso el presente se volvería insoportable. Antes que elegir tal suicidio intelectual, decidí suponer que, además de mutable, *Nueva Atlántida* sería múltiple. Si cada reforma en la Casa de Salomón generaba una nueva Bensalem, me propuse describir por separado la historia y la sociedad de todas las Bensalem posibles. Con los datos del mundo real, cuyo conocimiento renuevo gracias a mis lectores muertos, he imaginado, entre muchas otras, una isla regida por el Evangelio y otra por el Corán, una gobernada por máquinas inteligentes y otra cuyos habitantes volvieron a la edad de las cavernas, una donde es posible viajar al pasado para corregir nuestros errores y otra donde se viaja al futuro para estudiar las consecuencias de nuestro presente.

—Ahora entiendo —dije, con una voz tan inmaterial como mi cuerpo, acaso aturdido por las píldoras grises y la sidra espirituosa—. Por eso la Casa de Salomón se transformó en el MUSEO DE LOS TIEMPOS POSIBLES, y por eso conversamos en este SALÓN DE LAS UTOPIAS POTENCIALES...

—Bien habéis dicho. Y así lo entendéis porque este salón y este museo son parte de una Bensalem neoplatónica: si el cuerpo es una prisión para el espíritu, la Nueva Atlántida donde nos encontramos está habitada por almas libres, ajenas al peso material, al frío y al calor, al hambre y al deseo.

—¿Una utopía de hombres muertos?

—O una utopía de mentes puras, si lo pensáis mejor —sonrió mientras guardaba sus enseres de trabajo—. Inteligencias incorpóreas, capaces de viajar sin limitaciones por todas las Bensalem imaginables. ¿Os apetece un paseo por los otros salones de este museo, solo porque lo comprobéis?

—Será un placer —respondí sin titubeos, asombrado por la ligereza de mi cuerpo, la potencia de mis sentidos y la claridad de mi pensamiento.

Mientras abandonábamos el salón, razones no me faltaron para alentar mi optimismo. Si eran verdaderas las premisas de mi mentor, no sólo contaba yo con toda la eternidad para explorar este museo, sino también para descubrir, en alguno de sus tiempos posibles, una Nueva Atlántida que no fuera sino un libro inconcluso, escrito por Francis Bacon y editado por el Fondo de Cultura Económica. Porque entonces, y solo entonces, yo dejaría de ser un fantasma para volverme el hombre —mortal e inconcluso— que soñó este texto para exponerlo en su facultad al día siguiente, justo como usted, utópico lector, ha podido comprobarlo.